



Mi querido amigo,

Deseo vivamente ir a Salamanca para que hablemos largo rato y para impregnarme, para saturarme al lado de usted de toda la poesía austera y honda que debe haber allí. Tiene usted razón: nosotros no podemos cambiar unas cuantas frases triviales. Tenemos muchas inquietudes comunes. En la España Moderna leí algunos capítulos del "Sentimiento trágico de la vida" y ví una vez más cuán cerca está mi espíritu del de usted. De ningún hombre de mi raza me siento tan cerca. Cuando le envíe, creo que antes de un mes, mi tomo de versos "Serenidad", verá cómo sigue cobijándonos la misma ala de la Esfinge y cómo continuamos bebiendo las aguas del mismo "lago negro." Yo, desde un gran dolor que tuve en enero de 1912, me despecé más definitivamente si cabe de las usuales cosas de la vida, para asomarme obstinada y angustiosamente al más allá. Nada he descubierto, nada sé, nadie responde a mis preguntas.. Pero esta obstinación, esta tosudez de seguir inquiriendo y llamando a la Puerta, ¿no es por ventura un signo?; Porqué, a pesar del silencio, yo no me desaliento y a diario me despierto con la voluntad inquebrantable de dar aldabonazos otra vez? Tengo las tres cuartas partes de mi mismo, desde ese mes de enero de que le hablo, en el lado "de allá" y lo único que me interesa es "saber"... Usted comprende estas cosas porque tiene el sentido del misterio exquisitamente desarrollado. Y no es usted, no, un místico a la española, aunque lo diga. El místico a la espa-

4

ñola no duda. Para él el dogma es de cal y canto. Sobre esa
piedra edifica, y la propia escala de Jacob tiene apoyados los
pies en ella. En España ni existe ni ha existido jamás el proble-
ma metafísico y en el espíritu de usted sí está planteado con
un apremio absolutamente moderno. En Inglaterra sí que existe
y en Estados Unidos. Ha leído? (por supuesto) la Experiencia
religiosa de William James? En España se reirían de muchas in-
quietudes que en el pueblo anglo-sajón son venero inagotable
de libros y de conferencias. En Francia misma se piensa mucho
en esto. Los pastores tienen una libertad de criterio para es-
cudriñar, que el presbítero católico ni siquiera sospecha. A-
llí está por ejemplo Wilfred Monod, cuyas conferencias " Aux
Croyants et aux Athées " están llenas de esa inquietud de que le
hablo... En fin de todo esto usted sabe mucho más que yo. Un día
hablaremos. De hecho estamos hablando siempre, hace años.

Hasta siempre y el más cordial y devoto saludo de

A. Newn

Madrid, enero 30 de 1914.